



LA TRAMA DE LA INFIDELIDAD

José Velasco García¹

Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Estudios Superiores Iztacala

RESUMEN

Presentamos algunos elementos que están presentes en lo que comúnmente denominamos infidelidad. Nos referimos a la pulsión, la fantasía, y a la ambivalencia. Caracterizamos cada uno de estos elementos y establecemos entre ellos una articulación denominándola la trama de la infidelidad, concentrándonos en la perspectiva psicoanalítica, retomando principalmente los argumentos de Sigmund Freud, Melanie Klein y Jaques Lacan. Establecemos puentes entre esa trama y el amor. Afirmamos que en toda relación de pareja se encuentra presente esa trama, aunque no siempre se realice en una acción concreta de infidelidad. Esto nos lleva a una afirmación un tanto incomoda: todos somos infieles en potencia.

Palabras clave: infidelidad, pulsión, fantasía, ambivalencia, amor.

ABSTRACT

We present some elements that are present in that commonly name infidelity. We refer to the drive, phantasy, and ambivalence. We presented each one of the elements and establish between them an enunciation appointing it: the infidelity scheme, focus in the psychoanalytic perspective and mainly, taking back the arguments of Sigmund Freud, Melanie Klein and Jaques Lacan.

We establish connections between that scheme and love. We affirm that scheme is present in all couple relationship, although not ever materialize a concrete fact of infidelity. This takes us to an uncomfortable affirmation: all of us are potentially unfaithful.

Key words: drive, phantasy, ambivalence, love.

¹ Profesor Asociado "C" Del Área de Psicología Social Teórica y Teoría de las Ciencias Sociales
Correo electrónico jorevel@servidor.unam.mx

“Sebastián... he preferido grabarte estas palabras porque... creo que es mejor así. No sé cómo podría decírtelas frente a frente. También pensé en escribírtelas... pero un escrito no registra los tonos, no sé, los matices ¿me entiendes? ¡los suspiros!, todo lo que pasa por la voz mientras se dicen las cosas que salen del... del corazón, o algo más profundo, más inexplicable, más impalpable... además, lo que está grabado, Sebastián, puede oírse muchas veces, mil si tú quieres. Me siento tan... como una tonta hablándole al aparato, además en todos estos años, ¿cuántos ya? Veinticinco exactamente, nunca habíamos, o mejor dicho, nunca te había mandado siquiera una carta... ¿O sí? ¡La postal de los buenos deseos cuando te dio la apendicitis! Te la compré en la tienda del hospital y te la leí personalmente Cuando despertabas de la anestesia... Bueno no estoy evadiendo el tema... estoy relajándome, creando el ambiente para... te decía, el ambiente, pues para decirte simplemente que me enamoré... decirte simplemente que me enamoré.... Y otra vez: ...decirte simplemente que me enamoré

Ethel Krauze. El secreto de la infidelidad.

La infidelidad es una problemática que sin duda llama la atención a especialistas de la psicología y del psicoanálisis. Sin embargo, no es sencillo determinar los elementos que se ponen en juego para que alguien caiga en sus redes. Nuestro propósito ahora, es apuntar hacia la ubicación de esos elementos involucrados en este fenómeno humano tan controvertido.

Sabemos que las relaciones humanas y en especial aquellas que resultan enigmáticas, pueden ser analizadas desde diferentes perspectivas. Nosotros hemos decidido retomar algunos planteamientos de autores clásicos del pensamiento psicoanalítico, hemos procedido así porque estamos convencidos de que en la infidelidad se ponen en juego aspectos intrasubjetivos e intersubjetivos que es necesario elucidar para poder comprender algo de esa relación humana.

Nos concentramos básicamente en los conceptos de pulsión, fantasía y ambivalencia. Estos tres términos nos permiten comprender algo de lo que acontece en los planos intra e intersubjetivos. Por supuesto, que los elementos mencionados están presentes en muchos fenómenos humanos y precisamente por eso los recuperamos ahora para ver sus expresiones en la infidelidad. Hacia el final de nuestra exposición, el lector encontrará algunas referencias al complejo fenómeno del amor, no podríamos dejar de referirnos a esa cuestión, pues está muy ligada a la problemática que ahora nos ocupa.

PULSIÓN E INFIDELIDAD

Icaruso Caruso (1983), en un texto imprescindible para todo aquel que se interesa por el amor y sus acertijos, dice: “a lo largo de su proceso de maduración histórico y personal, el hombre tiende a una especie de matrimonio principal, que está más en estrecha relación con la cultura que con la naturaleza. Toda forma institucionalizada de poligamia, desde el punto de vista histórico y personal, sólo puede ser regresiva y reaccionaria frente a la forma monogámica institucionalizada. Pero la institución de la monogamia no es de por sí una garantía de una real correspondencia con un óptimo grado de madurez de los cónyuges... Por el contrario, así como la monogamia está institucionalizada (y lo está por la sociedad opresiva, que tiene que reprimir los instintos parciales en interés de la enajenación del rendimiento humano), ella no constituye un criterio para el sano desarrollo de la economía instintiva y de la autosublimación” (Caruso, I. 1983, p. 120).

Notemos que se habla en la cita anterior de una naturaleza del ser humano que es opuesta a la monogamia y su institucionalización. ¿Qué implica esa naturaleza humana a la que se está refiriendo Igor Caruso? Él, como Sigmund Freud, pone de relieve a la vida pulsional, dándole gran importancia en el devenir de existencia humana. Pero no hay en la cita anterior, una referencia a la animalidad del humano, a su dimensión biológica, se está haciendo referencia explícita a un sujeto amarrado a la pulsión, impulsado por ella, movido hacía direcciones insospechadas, imprevistas.

Al ir señalando esto, tenemos que hacer una mínima caracterización de lo que es la pulsión, para poder entender la magnitud de su fuerza y la manera en que, a veces, se opone a imperativos de ciertos grupos sociales e incluso a los principios morales que le gustaría al sujeto seguir conscientemente. Un rasgo que podemos destacar de la pulsión es su labilidad, Oscar Masotta (1979) se refiere a esta característica con mucha claridad: “... la relación que une al sujeto a sus objetos sexuales no es tan fuerte... A saber, que esa relación de determinación es muy lábil, que el objeto es lo que más puede variar, lo que el sujeto más puede

cambiar y también que el fin buscado puede ser otro y distinto que el coito normal” (Masotta, O. 1979, p. 24).

Esta afirmación está fundada en los argumentos que Freud (1905) vierte en sus *Tres ensayos para una teoría sexual*, el primero de esos ensayos está dedicado a lo que ahí llamó las “Aberraciones sexuales”. Freud habla de los invertidos, también de aquellos que toman a los infantes, o a los animales como objetos sexuales. En estos casos ha existido una desviación respecto al objeto sexual comúnmente aceptado, pero Freud también muestra que hay desviaciones en lo que respecta al fin sexual, encontrándose transgresiones anatómicas, fetichismo, así como detenimiento o fijación en los momentos previos a la consumación del coito. Ahí, la contemplación, el exhibicionismo, así como el tocar prolongado, pueden proporcionar la satisfacción sexual. El sadismo y el masoquismo serían otras formas de acceder al placer sexual.

En ese mismo texto, Sigmund Freud establece una relación estrecha entre las perversiones y las pulsiones parciales. Cuando lo hace, nos proporciona una definición de pulsión que es importante considerar para comprender esa “naturaleza” a la que nos referíamos anteriormente: “Por <<pulsión>> podemos entender al comienzo nada más que la agencia representante {*Repräsentanz*} psíquica de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir; ello a diferencia del <<estímulo>>, que es producido por excitaciones singulares provenientes de fuera. Así <<pulsión>> es uno de los conceptos del deslinde de lo anímico con respecto de lo corporal” (Freud, S. 1994, p. 153) Ahí mismo, considera que las pulsiones se distinguen por una “exigencia de trabajo” para la vida anímica.

Tenemos además, la parcialidad de las pulsiones, articulada a lo que Freud mismo denomina “fuentes somáticas”, así como a las metas de la pulsión. La fuente de la pulsión implicaría una excitación de un órgano, en tanto su meta consiste en la cancelación de un estado de tensión que se hace presente en el órgano que es fuente pulsional. Es así como encontramos la pulsión parcial oral, la anal, además de la pulsión de ver y de apoderamiento. Por cierto que no está del todo claro, en los argumentos freudianos, cuál es la fuente orgánica

correspondiente a esta última pulsión, la de apoderamiento, ubicándose más bien por su finalidad y no por su origen corporal. Vemos que, según lo expuesto por Freud, las pulsiones parciales se relacionarían con lo que comúnmente se conoce como zonas erógenas.

Para Freud, la presencia de las pulsiones parciales es muy clara en la actividad sexual del niño, pues sin grandes inhibiciones expresa esa exigencia de trabajo, tocándose su propio cuerpo, viendo con singular atención algunas escenas que los adultos consideran prohibidas, mostrando partes del cuerpo sin el más mínimo pudor, etcétera. Todo esto condujo a Freud a caracterizar al niño como perverso polimorfo. Pero el padre del psicoanálisis va mucho más allá, al señalar que esa parcialidad de las pulsiones se hará presente en las formas de expresión de la sexualidad adulta, rebasando con mucho el mero coito, pues su fuerza está estrechamente articulada a la obtención de placer que se puede obtener al consumir alguna de esas pulsiones parciales.

Este planteamiento en torno a las pulsiones, nos pone en condiciones de afirmar que la infidelidad es un asunto que responde a la naturaleza misma del sujeto, en tanto se ve sometido a la variabilidad del objeto de la pulsión. Pero este sometimiento a la pulsión, no nos autoriza a hablar de que somos infieles por que el instinto nos domina. Esto quiere decir, que el rasgo fundamental de la pulsión es que en ella se rebasa lo que en el instinto aparece como natural: un objeto bien definido, el cual le daría un lugar preciso al sujeto en su relación con el mundo. La pulsión, a diferencia del instinto, es una fuerza, una exigencia del trabajo al psiquismo, que opera permanentemente y se desplaza sin rumbo, parece buscar algo, pero ese algo se mueve. La propia lógica de la pulsión realiza ese movimiento, pues no hay objeto definitivo para la pulsión. Dadas estas características de la pulsión, sería un grave error conceptual colocarla como sinónimo de instinto, este último se apacigua a través con un objeto específico: el instinto responde más a las exigencias corporales que a las exigencias psíquicas. En cambio, la pulsión se encuentra en ese límite entre lo corporal y lo psíquico.

Si la pulsión es una exigencia, si además no tiene un objeto preestablecido naturalmente, ¿cómo podemos ser fieles a un solo objeto amoroso, llamado

esposa o esposo? La tendencia a sustituir a esa persona es muy fuerte y se sostiene, en parte, en las exigencias de la pulsión. Exigencia que se puede concretar en la infidelidad, para la cual encontramos una gran cantidad de justificaciones, y toman como base el comportamiento de la persona a la que le somos, o seremos, infieles. Sin considerar la vida pulsional, nos podemos concentrar también en las características de la persona con la que realizamos la infidelidad, diciendo que es muy bella, que ella sí nos entiende, que hace el amor de manera muy especial, etcétera. Todos esos argumentos aparecen como velo, que impide preguntarnos por las pulsiones que nos impulsan a desear a otro, u otra.

LA PUSIÓN ADEREZADA CON LA FANTASÍA

En el caso de la infidelidad, la operación que involucra la pulsión se ve complementada por la fantasía, que representa otra de las características de la naturaleza humana. En los escritos de Sigmund Freud, este concepto se relaciona estrechamente con lo que él llamó realidad psíquica. En el caso de la infidelidad, llama la atención la manera en que estalla la fantasía cuando un hombre, o una mujer, encuentran en su camino a un otro que moviliza sus sentimientos. Surgen entonces un sin fin de imágenes relacionadas con la persona recién encontrada, en muchas ocasiones se entrelazan a esas imágenes sensaciones corporales que pueden ir desde un latido apresurado del corazón, hasta la excitación y humedecimiento de los genitales. No es necesario que la infidelidad llegue hasta la acción consumada en el campo empírico, nuestro aparato psíquico trabaja aceleradamente, desplegando sensaciones e imágenes que ya nos colocan en estrecha relación con la persona deseada.

A pesar de que no haya pasado nada en la realidad material, aún cuando solamente hemos visto a esa persona una sola ocasión, ya empezamos a generar un guión donde quien imagina, y dicha persona, ocupan un lugar privilegiado, ambos son protagonistas de escenas que se convierten en parte importante de nuestro devenir psíquico. La fantasía y la pulsión se mezclan entonces, adquiriendo ambas una fuerza impresionante que puede llevar a la acción,

conduciéndonos a realizar esas fantasías en la realidad material, con la creencia de que obtendremos un enorme placer, o accederemos a un estado corporal y psíquico que se convierte muy pronto en una meta importante en nuestra existencia.

Freud (1911), en un bello texto denominado, *Los dos principios del funcionamiento mental*, nos expone algunas razones de esta tendencia humana a la fantasía: “La tenaz adherencia a las fuentes de placer y la dificultad de renunciar a ellas parecen constituir una tendencia general de nuestro aparato anímico, tendencia que podríamos atribuir al principio económico del ahorro de energías. Con la instauración del principio de realidad quedó dissociada una cierta actividad mental que permanecía libre de toda confrontación con la realidad y sometida exclusivamente al principio del placer. Esta actividad es el fantasear, que ya se inicia en los juegos infantiles, para continuarse posteriormente como sueños diurnos abandonando la dependencia de los objetos reales” (Freud, S. 1981, p. 1640)

En este argumento, las fantasías están íntimamente relacionadas con fuentes de placer primitivas a las cuales es difícil renunciar, esto nos permite darle un lugar privilegiado a la fantasía y no tomarla solamente como escenario ficticio, que desvirtúa la realidad material. Por el contrario, es necesario reconocer la gran importancia de la fantasía en tanto expresión de la realidad psíquica, esta última tan compleja como la realidad material.

En el caso de la infidelidad, la fantasía ocupa un lugar privilegiado en los personajes que se ven involucrados en la relación. Uno de los aspectos más recurrentes, es imaginar actos sexuales que con nuestra pareja cotidiana sería muy difícil realizar, dados sus gustos o principios morales. Si los hemos realizado con nuestra pareja cotidiana, surge la creencia, asociada a la imagen, de que con la nueva pareja, las sensaciones serán iguales o mucho mejores. Pero la producción imaginaria no se agota ahí, puede deslizarse a diferentes escenarios y ser complementada con muy diversos componentes.

En cierta ocasión una paciente platicaba que cuando salía con su novio y caminaba por la calle, muy seguido “aparecía en el pensamiento” la idea de ir

caminando con algún otro hombre que se encontraba al pasar y poco después era sorprendida por su novio en plena infidelidad. Alguien más, nos narraba una fantasía recurrente, donde su esposo era sustituido por uno de los amigos más próximos a él; en la escena no hacían otra cosa que estar desnudos y consumir drogas y beber alcohol, riendo de cualquier cosa insignificante. Una fantasía muy común, es imaginarse estar con otra persona cuando se tienen relaciones sexuales con la pareja.

Algunos tipos de fantasía relacionadas de modo paradójico con la infidelidad, son aquellas donde se evoca a la persona deseada, pero para construir una situación en la cual no existe una gratificación directa y nítida. Nos estamos refiriendo a escenas donde quien fantasea, puede ser rechazado por su “amante”, o donde se llevan a cabo peleas con diferentes grados de violencia, las cuales van desde la agresión verbal hasta los golpes. Al hablar de estos ejemplos, no estamos hablando de que este tipo de fantasías sean la demostración de alguna patología, simplemente estamos mostrando las posibilidades imaginarias que habitan en el sujeto. En muchas ocasiones, esas fantasías se tornan verdaderas obsesiones que, asociadas a la pulsión, hacen difícil la estabilidad subjetiva, incluso dificultan la concentración de nuestra atención en otro tipo de actividades alejadas del objeto deseado.

Se puede ir reconociendo que las fantasías tienen una fuerte carga inconsciente, lo cual implica que los mecanismos que las configuran no son accesibles a la conciencia. Como decíamos anteriormente, podemos pensar que las fantasías se deben solamente a las cualidades de la persona que nos interesa, sin darnos cuenta de la enorme participación que tienen nuestros mecanismos psíquicos inconscientes en la generación de esas fantasías. Esto se comprueba con facilidad cuando descubrimos que con diferentes personas podemos diseñar la misma fantasía.

Es necesario considerar, que para que se lleven al plano de la realidad material esas fantasías, es imprescindible que se produzcan un conjunto de procesos en los cuales estará nuevamente involucrada la moral del sujeto, la cual puede aparecer como un obstáculo al censurar despiadadamente esas fantasías,

lo cual implicaría un martirio para el sujeto, en tanto que la presencia de las mismas no cesa de hacerse presente, mientras otra fuerza moral interna le prohíbe su realización. Por otra parte, puede ser que el sujeto se vea impulsado a la búsqueda de una realización inmediata de esas fantasías y se obsesione en hacer coincidir esa realidad psíquica con la realidad material. Una tercera opción, sería actuar algo relacionado con la fantasía, para más tarde entrar en un estado de angustia y culparse por haber consumado sus fantasías. De ningún modo estamos señalando que alguna de estas posibilidades sea mejor que otra, lo que intentamos expresar es el rango de posibilidades que se abre cuando la fantasía entra en juego. Vale la pena reconocer, que cada una de estas posibilidades traerá consecuencias en el devenir psíquico y material del sujeto, pues hay una diferencia importante entre fantasear la infidelidad y consumarla en la acción

Desde que participó con Breuer, en los *Estudios sobre la Histeria*, Sigmund Freud (1895), hablaba de las fantasías como sueños diurnos, donde las escenas son creadas por el propio sujeto en estado de vigilia. Alguna paciente de esa época, llegó a usar la expresión “teatro privado” para referirse a este proceso, dando evidencia de las características de la fantasía. Cuando, un poco más tarde, el padre del psicoanálisis se involucra con *La interpretación de los sueños* y publica esta obra en 1900, percibe que esas fantasías comparten con los sueños procesos inconscientes complejos, donde la represión y el retorno de lo reprimido están en juego.

AMBIVALENCIA, INFIDELIDAD y AMOR

Otro aspecto que nos interesa señalar aquí tiene que ver con la ambivalencia presente en toda relación amorosa, la cual puede ser un factor importante en la infidelidad. Melanie Klein, en un texto clásico publicado por primera vez en 1937, nos habla de esta ambivalencia al señalar: “El primer objeto de amor y odio del lactante, su madre, es deseado y odiado a la vez con toda la fuerza e intensidad características de las tempranas necesidades del niño. Al principio ama a su madre cuando ésta satisface sus necesidades de nutrición, calmando sus sensaciones de hambre y proporcionándole placer sensual mediante el estímulo

que experimenta su boca al succionar el pecho. Esta gratificación forma parte esencial de su sexualidad, de la que en realidad constituye la primera expresión. Pero cuando el niño tiene hambre y no se le gratifica, o cuando siente molestias o dolor físico, la situación cambia bruscamente. Se despierta su odio y su agresión y lo dominan los impulsos de destruir a la misma persona que es objeto de sus deseos y que en su mente está vinculada a todas sus experiencias buenas y malas” (Klein, M., 1994, pp. 310-311).

Ante este argumento, nos vemos obligados a comentar que la emergencia de amor y odio hacia la madre, no debe ser considerada solamente en relación con la gratificación y la frustración que ella genera en el niño, pues las fantasías son aquí un elemento fundamental que acompaña a esos estados. Además, Klein es radical, al señalar que las fantasías acompañan al niño desde el nacimiento y tienen una estrecha relación con las necesidades biológicas. Reconoció, a partir del juego realizado por niños muy pequeños, la existencia de fantasías donde el niño hacía algo al objeto amado, o bien el objeto hacía algo al niño, fue así como articuló esas fantasías a la ambivalencia en la relación que el niño establece con la madre.

A lo largo de la vida del sujeto, esa ambivalencia permanece inconscientemente, adquiriendo diferentes grados de expresión, tiende además a su actualización en los vínculos íntimos que entablamos. Es terreno fértil para la emergencia de la idealización de aquellas personas con las que nos relacionamos, pero también da la posibilidad de la aparición del odio dirigido hacia esas mismas personas.

Encontramos así, que al sujeto lo habitan estados afectivos contradictorios en relación con los objetos, sentimientos en conflicto que pueden alternarse o mezclarse de un modo complejo. Esto genera inestabilidad en ese sujeto, en tanto que odio y amor se substituyen uno al otro de modo repentino, o se mezclan, generando en los dos casos una buena cantidad de angustia. Esa contradicción aparece de modo inconsciente y trae asociada una lucha permanente del sujeto por aplacar los sentimientos hostiles hacia las personas amadas.

Quien se ve inmerso en ese conflicto permanente, donde el amor y el odio guían gran parte de su existencia, va construyendo un conjunto de justificaciones conscientes por las cuales aparece tanto un sentimiento como el otro. Cuando hay conciencia de esos estados y el odio va ganando terreno, es difícil separarse de la persona odiada (y amada) y si esa persona ha sido infiel puede optarse por planear o realizar una venganza, con la idea de que así se lograra un estado de tranquilidad. En muchos casos de infidelidad, es interesante descubrir un argumento vinculado a la venganza que se quiere consumir siendo infiel, frases como las siguientes muestran esta situación: “ahora me toca a mi andar con otro, para que vea lo que se siente”; “quiero saber que se siente serle infiel a quien tanto amaste y ahora lo odias con la misma fuerza”; “me canse de que me vea la cara, yo también tengo derecho a hacerla tonta”; “yo le fui fiel mucho tiempo y no por que no tuviera oportunidad de engañarlo, sino por que lo quería mucho, pero no vale la pena seguir así”. Estas frases muestran ese conflicto que habita a la persona despechada, en esos casos la infidelidad aparece como acto de justicia, como intercambio equitativo, debido al daño que el otro infringió.

Como en el caso de la fantasía, la infidelidad se llega a concretar en los hechos, en otros casos únicamente encontramos la amenaza silenciosa o dirigida abiertamente a la pareja oficial. En cualquiera de los dos casos, aparece con mucho énfasis esta dosis de legitimación de un acto, que consumado o no, sería la más justa retribución para “pagar” con la misma moneda a quien nos hizo daño y nos fue infiel. Es decir, infringir un daño al objeto por habernos dañado, situación subjetiva muy paradójica que lleva al sujeto a un laberinto del cual no es fácil salir, pero que no se relaciona solamente con el vínculo específico en donde se promueven los deseos de venganza, sino con un entramado de relaciones anteriores de la cual no somos conscientes.

No podemos concluir estas modestas reflexiones en torno a la infidelidad, sin antes explorar un poco esa dimensión compleja que es la relación amorosa y en la cual se genera la tentación de ser infiel. Consideramos que aludiendo a esa dimensión tendremos un poco más de claridad respecto al tema.

Según lo dicho por Freud, el amor resultaba antes que nada una satisfacción para el sujeto. Klein (1970) vino a dar un giro a este planteamiento, al hablar de que el amor tiene que ver con el bienestar del objeto, especie de amor generoso en la medida en que el sujeto vela por el bienestar del objeto, debido principalmente a que ese objeto ha satisfecho necesidades del infante. Fue así, como Melanie Klein acuñó el término Gratitude, para dar cuenta de esa condición amorosa, concepto que opone al de Envidia, el cual se refiere al deseo de destrucción del objeto, puesto que en el mundo fantástico del niño aparece como objeto "malo".

Es necesario tomar en cuenta esa oposición entre envidia y gratitud, debido a que en el niño puede aparecer un dolor, "un penar", por haber dañado al objeto al sentir envidia, ese penar es considerado por Klein una expresión de amor genuino hacía el objeto. Este amor ha pasado por un periodo de idealización donde el objeto es extremadamente "bueno", pero, paradójicamente, esa bondad ha entrado en contradicción con la maldad extrema que también se atribuye al objeto. En un periodo posterior, el objeto amado lo será a pesar de no alcanzar los atributos del objeto idealizado, esto permite amortiguar los deslizamientos repentinos del amor hacía el odio, produciendo un cierto grado de estabilidad emocional en el niño y posteriormente en el adulto.

Sigmund Freud ya había hablado de que el origen de la vida amorosa se encontraba en la relación que el niño tiene con su madre, la cual se reedita permanentemente: "desde la fijación infantil de la ternura a la madre. De esta forma, los objetos posteriores van a encontrarse, en mayor o menor medida, regidos por el sello de los caracteres maternos y todos devienen unos subrogados de la madre" (Freud, S. 1994, p162).

Según esta idea, es la relación con la madre la que orienta la vida amorosa, el argumento parece ser solidario con lo dicho por Melanie Klein y también con lo propuesto por Jaques Lacan, en su Seminario Sobre La Transferencia realizado entre 1960 y 1961, donde nos sugiere que esa relación con la madre pone al infante en condiciones de preguntarse: qué es él para ella y de hacer permanentes esfuerzos por colocarse como el elemento que borra la falta de la madre. Es decir,

en la interioridad del vínculo con su madre el cachorro humano es arrojado al campo de los enigmas, pues se interroga sobre el lugar que él ocupa en el deseo de ella, al mismo tiempo que se propone como posibilidad de colmarla, lograr en ella una satisfacción plena y total.

Estas condiciones subjetivas que avasallan al infante lo colocan frente a una hazaña imposible, que lo hará transitar de amor un amor a otro. Esa esperanza de ser quien satisfaga totalmente al amado, se jugara permanentemente, se desliza de una persona a otra. Al mismo tiempo, caerá en la ilusión de que su propia falta puede ser llenada por la presencia de otro, alguien que pueda llenar todas sus expectativas. Ser todo para otro y que otro sea todo para uno. Consideramos que esas tentaciones e ilusiones de colmar la falta y de que alguien nos colme, se ponen en juego en la infidelidad, pues la búsqueda se reactiva permanentemente, en ella participan los elementos a los que hemos aludido en estas reflexiones, configuran la trama de la infidelidad. Así se van tejiendo una red de historias de encuentros, de crisis, de rupturas amorosas, donde la des-ilusión aparece como algo característico. Alguien nos desilusiona o desilusionamos a alguien, porque no fuimos ese objeto que iba a llenar la falta, no pudimos ser ese gran Otro. Tampoco el otro pudo adquirir ese estatuto de Otro ideal que aspiraría a una especie de fusión totalizadora. Pero la búsqueda sigue, la infidelidad acecha, haciendo de nosotros unos infieles potenciales.

BIBLIOGRAFIA

- Breuer, J y Freud, S. (1994) Estudios sobre la Histeria. En: Freud, S. **Obras Completas Tomo II**. Argentina Ed. Amorrortu.
- Caruso, I. (1983) **La separación de los amantes**. México. Ed. Siglo XXI,
- Freud, S. (1994) Contribuciones a la psicología del amor I. Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre. En: **Obras Completas. Tomo XI**. Argentina. Ed. Amorrortu.
- Freud, S. (1994) La interpretación de los sueños. **En Obras Completas. Tomos IV y V**. Argentina Ed. Amorrortu.
- Freud, S. (1981) Los dos principios del funcionamiento mental. En: **Obras Completas. Tomo II**. Madrid Ed. Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1994) Tres ensayos de teoría sexual. En: **Obras Completas. Tomo VII**. Argentina Ed. Amorrortu.
- Klein, M. (1994) **Amor culpa y reparación**. México: Paidós,
- Klein, M. (1970) **Envidia y gratitud**. Argentina: Paidós.
- Krauze E. (2003) **El secreto de la infidelidad**. México: Punto de lectura
- Lacan, J. (2003) **Seminario 8. La transferencia**. México: Paidós
- Masotta, O. (1979) **Lecciones de introducción al psicoanálisis. Volumen I**. Barcelona Ed. Gedisa.